



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 1215

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extra-
oro.—Tres meses 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.^o
a 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

LUNES 19 DE MAYO DE 1902

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico y en letras de
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Loreste rue Garibaldi
61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 81.



LA UNION Y EL FENIX ESPAÑOL

COMPANIA DE SEGUROS REUNIDOS

AGENCIAS en TODAS las PROVINCIAS de ESPAÑA, FRANCIA y PORTUGAL
37 AÑOS DE EXISTENCIA
SEGUROS sobre LA VIDA—SEGUROS contra INCENDIOS.

Sedrección en Cartagena: VIUDA DE SORO Y COMPAÑIA, Cabales 15.

El Rey á la Nación

Telegráficamente nos fué comunicado el sábado un telegrama conteniendo la alocución del Rey á la Nación, publicada en un extraordinario á la «Gaceta de Madrid».

Por haber llegado tarde á nuestro poder no pudo tener cabida en nuestro periódico con la anticipación que hubiésemos querido; pero como el documento no ha perdido la oportunidad, lo insertamos á continuación.

Dice así:

A LA NACION

Al recibir de manos de mi augusta y amada madre los poderes constitucionales, envío del fondo de mi alma un saludo de cordial afecto al pueblo español.

La educación que he recibido me hace ver que desde este primer momento pesan sobre mí deberes que acepto sin vacilar, como sin vacilación alguna he jurado la constitución y las leyes, consciente de cuanto encierra el compromiso solemnemente contraído ante Dios y ante la Nación.

Ciertamente, fállanme para la grave misión que me está confiada las lecciones de la experiencia; pero

mi deseo de responder á las aspiraciones del país y mi propósito de vivir en perpétuo contacto con mi pueblo son tan grandes, que espero recibir de su inspiración lo que el tiempo habría de tardar en enseñarme.

Pido, pues, á todos los españoles me otorguen su confianza. En cambio, yo les aseguro mi devoción completa á sus intereses y mi resolución inquebrantable de consagrar todos los momentos de mi vida al bien del país. Aunque la Constitución señale los límites dentro de los cuales ha de ejercitarse el poder Real, no los pone á los deberes del Monarca, ni aunque aquellos pudieran escusarse no lo permitiría mi deseo de conocer las necesidades de todas las clases de la sociedad y de aplicar por entero mis facultades al bien de aquellos cuya defensa y cuyo bienestar me están encomendados por la Providencia.

Si ésta me ayuda, si el pueblo español mantiene la adhesión que ha acompañado á mi augusta madre durante la Regencia, abrigo la confianza de mostrar á todos los españoles que más que el primero en la jerarquía, he de serlo en la devoción á la patria y en la incansable atención á cuanto pueda contribuir á la paz, á la grandeza y á la felicidad de la nación española.

17 de Mayo de 1902.—Alfonso.

AL DÍA SIGUIENTE

Dos días van pasados desde que se inauguró el derribo de las murallas y aun sentimos vibrar en nuestros pechos el entusiasmo que nos causó la ceremonia.

A nada comparable fué aquel acto solemne. Habíamos asistido á otros de igual índole y conocíamos la liturgia. Un discurso elocuente; una piedra hueca, dentro de ella un acta y un hoyo en el terreno destinado á sepultura de las dos, donde la autoridad inaugural echaba unas paletadas de mortero. Con esa operación sencillísima y conmovedora, se acababa todo, comenzando más tarde las obras de verdad, más ó menos activas, sin soluciones de continuidad ó haciendo en la labor las paradas que las dificultades imponían.

En la inauguración del sábado lo de nuevo fué la ceremonia; lo de más fué la escena que se ofreció después: por lo mismo que no habíamos contado con ella nos impresionó tan fuertemente que hubo un momento que creímos nos ahogaba la emoción.

Fué aquél que sucedió al en que el alcalde golpeó con su piqueta la muralla. Como si el choque del metal con la piedra fuera señal de asalto dada á un ejército invisible, brotaron de los grupos de curiosos centenares de trabajadores y lanzándose al alto parapeto, visos enseguida levantarse y caer quinientos picos despedazando la muralla.

La demostración fué gallarda, verdaderamente sensacional. Los que la presenciaron no se irían con la duda de si el Ayuntamiento tiene interés decidido de abatir la muralla ó lo tiene solo relativo. El hecho de anteaer está diciendo que el interés es grande y que ha de tardar lo menos posible de ponerlo á salvo. Si en su mano estuviere, ya estarían las murallas en el suelo.

Respecto á este punto hemos oído opiniones diversas. Unos, los impacientes, quisieran que el derribo se efectase en un mes; y dudando que continúe con la intensidad que el primer día, establecen motivos

de desconfianza. Otros, los que tomen á las consecuencias de futuros accidentes, aconsejan que se haga un detenido estudio antes de proceder á derribar.

Si se ha de hacer de una manera á otra ya lo dirán los técnicos. Si procede el saneamiento de los terrenos próximos ya lo dirán también.

De todos modos no hay que olvidar que se ha modificado el sistema hidrológico. Al Almarjar no llegan ya las aguas que llegaban. Antiguamente no pasaba un invierno sin señalar un par de inundaciones; más habiendo aumentado los terrenos de riego en las orillas de las ramblas, estas no traen el agua que traían.

Tampoco hay que olvidar que la población cuenta ahora con mayores desagües y se ha podido probar en una lluvia terrenal reciente. Y como esos desagües serán mucho mayores, respecto al Almarjar, cuando esté construido el Emisario y respecto á la ciudad cuando el alcantarillado quede establecido, parece resultar de aquí que no hay motivos para precipitarse, ni los hay tampoco para hacer una parada en firme en espera de que se haga el estudio aconsejado.

En cuanto al saneamiento, ó no sabemos una palabra de estas cosas ó queda realizado elevando el nivel del Almarjar.

Si por virtud del relleno que se ha de realizar con las tierras que produce la muralla se modifica el piso de aquél hasta formar un plano con cierta inclinación al mar, se acabarán los estancamientos. Y muerto el perro se acabó la rabia, es decir, el paludismo, que es el perro que muerde á Cartagena.

A nosotros no nos preocupa cómo va á procederse en el derribo de las murallas, si despacio ó de prisa. Como quiera que se haga, lo han de hacer unos cuantos hombres de ciencia, en cuyo poder obran los datos suficientes para conocer y evitar los peligros, si es que los hay en realidad.

ADHESIONES

Como dijimos el sábado, el presidente de la Cámara de Comercio de esta ciudad y presidente al mismo tiempo del Sindica-

to Minero de esta provincia, dirigió el día 17, á nombre de dichas colectividades, telegramas de homenaje y adhesión al trono, y de gratitud al ministro de la Guerra.

Dichos telegramas estaban redactados en los siguientes términos:

Excmo. Sr. Mayordomo Mayor de Palacio. Madrid.

Ruego á V. E. se sirva elevar á los pies del Trono el homenaje de adhesión y respeto que esta Cámara oficial de Comercio y Sindicato Minero de la provincia ofrecen á nuestro Rey D. Alfonso XIII con motivo de su coronación y juramento, haciendo votos porque su reinado sea todo lo feliz que sus súbditos desean en beneficio de la paz y bienestar público á cuya sombra sólo se desarrollan y prosperan el comercio, las industrias, las artes y las fuentes todas de la riqueza nacional.

El Presidente,
José María Pelegrín.

Excmo. Sr. Ministro de la Guerra. Madrid.

La Cámara oficial de Comercio de esta región y el Sindicato Minero de la provincia, participando del júbilo que Cartagena experimenta en este día memorable en que al par que la coronación y juramento de nuestro Rey D. Alfonso XIII celebra el derribo de las murallas que la tenían oprimida, felicita á V. E. por la parte principalísima que ha puesto á tal fin, proponiendo y obteniendo de S. M. lo que por tanto tiempo ha sido el deseo constante de este vecindario en bien del desarrollo y fomento de todos los intereses.

El Presidente,
José María Pelegrín.

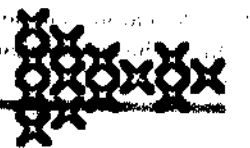
DE ACTUALIDAD

VEREDICTOS ABSOLUTORIOS

La campaña emprendida contra la criminalidad, será poco menos que totalmente infructuosa, si á ella no contribuyen todos los elementos llamados á prestarle su cooperación; y á juzgar por las señales, el jurado no está dispuesto á ello: no quiere



Probad los Cognacs de HENRI GARNIER y C.



Los Alemanes perdían valor á la vista de sus infantes compañeros moribundos; la bandera polaca volvía á tremolar por la región del aire como signo cierto de esperanza de victoria.

El ejército polaco saludó con un indecible grito de júbilo y de nuevo acometió á los Alemanes con más pujanza.

Estos rodeados por todas partes, sin tregua, sin esperanza, sin orden, batíanse en retirada.

La mayor parte de los mantos que los de la Orden llevaban sobre la coraza se arrastraban por el suelo.

Los jefes sin embargo no desesperaban.

A retaguardia sobre una eminencia había diez y seis regimientos de reserva mandados por el propio Ulrico.

Este que contemplaba desde lejos la cruenta pugna, al ver el movimiento de retroceso de sus tropas, comprendió que había llegado el momento supremo lanzó una voz de mando y los diez y seis regimientos se precipitaron como un turbión que corre velozmente destruyendo hombres y cosas.

Zindarm no perdía de vista el campo de batalla.

Los cruzados se lanzaron para vengarle, pero el Maestro gritó:

¡Herum! ¡herum! Y con la mano señaló el punto hacia donde creía decidirse la sangrienta lucha.

Nicolás Kelbass lanzó la señal del combate, porque había reconocido al Gran Maestro que avanzaba pendiente del oneto una balsa.

Los caballeros alemanes combatían con valor, pero no con el empuje de los polacos, que ya se creían seguros de la victoria.

Con gritos roncós, con alaridos, con gritos de odio, con rugidos sobrehumanos, lanzábanse sobre los desgraciados templarios, que empezaban á contener sus caballos y á mirar asustados á su alrededor, pensando era imposible resistir al ímpetu polaco.

Al propio tiempo acudió Zindarm con sus campesinos.

Etonces ocurrió una escena salvaje, una carnicería espantosa. Los yelmos fueron arrancados por las hoces dentadas y las corazas hundidas por las pesadas mazas.